

## NOTICIAS DE LIBROS

THIERRY DESJARDINS: *Cien millones de árabes*, Ediciones Nauta, S. A., Barcelona, 1975, 309 pp.

El autor es un periodista belga conocedor del mundo y del alma árabes, simpatizante de sus pueblos, pero ni exagera la nota y hasta se permite ser crítico cuando no sarcástico-socarrón. Trata en trece capítulos la totalidad de los países árabes, individualmente en la mayor parte de los casos, insertando en el apartado de Jordania a «los palestinos». Su conocimiento más profundo e inmediato, por haber desempeñado largos años su labor en ellos, es de los países más importantes de Oriente Medio, a los que dedica mucho más espacio, con situaciones anecdóticas sabrosas, cosa que no ocurre apenas con los países del Magreb. Jordania se lleva cuarenta páginas y Egipto más de cincuenta contra menos de veinticinco los tres países magrebies juntos.

Afortunadamente, una amplia introducción, sabrosa y profunda en no pocos aspectos, sitúa genéricamente el tema. El título se quiere llamativo, puesto que sumando los habitantes que el mismo facilita para cada país, la población sería de unos ciento veinticinco millones. En todo caso, la presión demográfica exuberante es tenida en cuenta.

«He aquí alguna de sus desmitificadoras andanadas iniciales: ¿Qué es un *revolucionario árabe*, en un mundo fatalista que todavía creen en

Alá? ¡Gaddafi es un *revolucionario* que quiere aplicar un viejo Corán que tiene más de trece siglos! ¡Un socialista que detesta el comunismo por mor del ateísmo! Los baasistas sirios pretenden realizar la unidad árabe a base de reyes feudales, presidentes fascistas y burgueses parlamentaristas, pero eliminando primero a otros baasistas, los del Iraq. Otros muchos ejemplos sin sentido podrían pormenorizarse a placer.» Desde luego, desde luego... En todo caso cita a un amigo suyo, por nombre y apellido, «ex brazo derecho de Mehdi Ben Barka», que tampoco se muerde la lengua: «Los dirigentes del tercer mundo están bloqueados: o bien piden la ayuda de las *potencias* y quedan inmediatamente neocolonializados, o desechando este neocolonialismo intentan apoyarse sobre sus fuerzas populares. Mas el drama de los países del tercer mundo, drama que no se quiere admitir, es el de que no existen fuerzas populares en los países subdesarrollados, sólo existen masas de analfabetos» (pp. 8-9). O poco más adelante, de nuevo Desjardins: «Nasser fue locamente querido por masas de las que puede creerse por un instante que al fin despertaron, mas el posnasserismo probó que las multitudes nasserianas eran todas apolíticas, al igual que las multitudes que habían

aclamado a Faruk o como las que aclamaron a Gaddafi. He aquí el gran fracaso de Nasser. El historiador no lo alineará entre los *revolucionarios*, sino entre los *nacionalistas*. Y la historia quizá haga un día el proceso a estos nacionalistas, preguntando si aportaron a su pueblo alguna otra cosa además de una cierta dignidad. Esto, que es ya mucho, es bien cierto». O. K.

Pone de relieve cómo utilizan palabras políticas de los desarrollados de las que usan y abusan, pero que casi nunca entienden. Para el autor ni política ni económicamente el tercer mundo existiría, dado el nivel de confusión de gatuperio, pero habrá que preguntar si precisamente esas mismas notas caóticas no son parte, incluso esencia de tal tercer mundo. Al fin y al cabo el autor les reconoce *culturalmente* entidad. Y quien dice tercer mundo dice mundo árabe. Sea como fuera, también en ocasiones se pasa de rosca o abusa del lenguaje como el que más. Por ejemplo: «Faltó nada, un cambio de criterio absurdo del detestable Foster Dulles, y el Egipto de Nasser se hubiera convertido en colonia americana». Se refiere a que por su culpa los rusos construyeron Assuan y vendieron Migs, en vez de hacerlos los americanos. Pero que se sepa no sólo los rusos no consiguieron meter

mano en el Estado egipcio, y no digamos convertirlo en «colonia», sino que encima han salido escaldados y medio bramando de la prueba. (Que se está reproduciendo, con más contradicciones si cabe, en Siria, ahora.)

En el muy logrado capítulo del Líbano encontramos esta *petite phrase*, cuyo autor, de imputársela actualmente, probablemente motejaría de vil y sucia calumnia sionista (digo yo). «Líbano, la provincia occidental de Siria, arrancada artificialmente de la madre patria por el colonialismo.» Claro está que el tal ministro no era sino el muy folklórico (aunque simpático) Kamal Djumbblatt» (p. 148). (El libro se publicó en Bruselas en 1974, mucho antes de la guerra civil libanesa.)

Lo único que se lamenta es que no todos los países hayan sido tratados con similar o proporcional amplitud. No se hurgue en busca de Polisarios ni en Marruecos ni en Argelia. Y Mauritania no existe en el repertorio capitular. Menos el Sahara, una vez español. En compensación disponemos de Sudán. Pero carecemos de Somalia. Pero, en resumidas cuentas, un libro interesante, y con rachas chispeantes que calan en el alma árabe, sobre todo de sus gobernantes.

T. M. V.

ARTHUR JOHN RICHARD GROOM: *British Thinking about Nuclear Weapons, 1940-1962*. Frances Printer (publishers), Ltd., Londres, 1974, XLII-588 páginas. (Université de Genève, Institut Universitaire de Hautes Études Internationales, tesis núm. 210.)

Este tema sobre el pensamiento y subsiguiente realidad británicos sobre armamentos nucleares ha sido y es tratado por autores no sólo procedentes del campo directamente técnico y/o militar. Esta tesis sería un

ejemplo. El período que cubre es desde meses después de estallar la guerra mundial hasta cuando los británicos, a diferencia de la naciente Francia gaullista, se rinde a la evidencia de la creciente y cara

sofisticación armamentística nuclear, y entra en directo acuerdo con Estados Unidos, facilitando, pero también hipotecando sus propias posibilidades en este terreno. Y debemos entender por tal no sólo el campo de los artefactos propiamente nucleares (o termonucleares), sino también el que a la larga se está mostrando más dificultoso, el de los vectores, portadores o lanzadores que forman la heterogénea panoplia nuclear.

Sin embargo, el análisis del autor se centra en un aspecto de la compleja globalidad sin olvidar los demás. Los periodos de dicho pensamiento en desarrollo están arreglados en una serie de «tablas» o «fotografías», a sabiendas de que al pretenderlo hacer así para mayor claridad se pierde en la verdadera complejidad de la evolución. En una palabra, que tal sistema reconoce el propio Groom, tiende a hacer estático algo que es dinámico. Será en el capítulo último que tratará de conjugar los diversos factores para subrayar la complejidad.

Entre los diversos factores que los británicos pensaron en la cuestión nuclear, sobre todo después de la guerra, el principal fue el papel que asumía la «bomba» como «gran nivelador», es decir, el de poder codearse con americanos y rusos en la escena internacional. Esta primera pretensión fue desechada cuando la crisis de Suez. El pragmatismo británico vivió entre sueños durante casi tres décadas. Se escudaron en las «relaciones especiales» con Estados Unidos, aunque apenas si algunos eran capaces de precisar tal pretensión. En la práctica eran incluso un mito, pero un mito del que mucho dependía la estratégica nuclear de los ingleses. Los laboristas fueron sucedidos por los conservadores;

aquéllos se preocuparon por el coste de la aventura, éstos para que lo logro mantuviera su credibilidad, es decir, su eficacia llegado el momento de la verdad. Lo que puede parecer una paradoja, el hecho de que una fuerza nuclear quede anquilosada no ofrece otra salida que el de la «represalia masiva», y es lo que le ocurriría a la británica. Lo que iba a ser la «doctrina McNamara» de hecho se iba a abrir paso en los propios Estados Unidos a finales de los cincuenta, y los británicos tuvieron que seguir sus pasos. La «sabiduría convencional» estaba cambiando.

Buscando ayuda y acercamiento con USA, Gran Bretaña pretendía simultáneamente una especie de cuadratura del círculo: independencia e interdependencia, es decir, el ideal de la soberanía con los beneficios prácticos de la integración. Precisamente cuando USA dependía menos de las bases propiamente británicas para su estrategia de contención y cerco. Los crecientes problemas económicos y sus repercusiones sobre la libra irían plegando velas. A partir de 1962, por los acuerdos de Nassau, los británicos diseñaron su futuro: menos esfuerzos, pero también más dependencia con Estados Unidos. En realidad, la obra termina aquí. Sus consecuencias inmediatas fueron la explosión antianglosajona de De Gaulle. De Gaulle muerto, Gran Bretaña se ha visto en el Mercado Común, como un país más sin embargo. Los franceses se supone que han conseguido cierta credibilidad en su costoso despliegue nuclear, pero también se ha visto últimamente con Giscard una reorientación hacia la OTAN y una reconsideración en profundidad sobre los esquemas defensivos de hasta ahora.

T. M. V.

GEORGE LENZOWSKI (Compilador): *Political Elites in the Middle East*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, D. C., 1975, iv-227 pp.

Se trata de la descripción y análisis de las élites políticas de siete países de Oriente Medio. (Irán, Turquía, Egipto, Siria, Iraq, Líbano e Israel) a cargo de siete autores distintos; el compilador escribe el capítulo inicial sobre las élites en general, indicando que como base de esta selección se han servido de dos criterios: el proceso de cambio característico de dichos países y la disponibilidad de datos que permitan algo más que meras impresiones. Los países mismos tienen la nota de la variedad tanto cultural como políticamente. Hace una somera presentación de la teoría de las élites y la metodología que su estudio implica, aplicándolo luego a las aproximaciones y énfasis variantes del volumen. La decisión de estudiar un grupo, más amplio o más estrecho, corresponde al privilegio de cada autor, justificando a su modo la elección. Por su parte, el profesor Frey, que estudia Turquía, indica sabiamente que «Saltar del conocimiento del sustrato social de políticos nacionales a inferencia sobre la estructura de poder de la sociedad es muy peligroso. Incluso proceder desde tal conocimiento a juicios sobre la conducta política... puede ser traicionero». Lenczowski hace un número de observaciones muy pertinentes que refutan el modelo militar-progresista.

El conjunto de los países estudiados se muestra en toda su complejidad, echando por los suelos gracias a la cuantificación y a la aguda observación no pocas leyendas y lugares comunes. Así, por ejemplo, el profesor Harik deshace la creencia

de una clase política libanesa que se autoperpetua en unos mismos individuos. En los ocho parlamentos desde la independencia ha sido del 42 por 100 en el parlamento y Gobierno. «De hecho, una carrera en el parlamento libanés es bastante insegura, e incluso entre la docena de miembros prominentes, todos menos dos han perdido sus escaños al menos una vez.»

En lo que se refiere a Israel, en cambio, los profesores Gutmann y Landau afirman que «el proceso usual de selección es incluso más oligárquico en Israel que lo que es costumbre en otras partes. El sistema de cooptación, o nombramiento desde arriba, común a casi todos los partidos políticos o para el empleo político, debe tomar en consideración la amplia opinión del partido, pero no hasta el punto de determinar realmente la selección (...). El voto popular o general de los miembros garantiza usualmente la mera aprobación final de lo que ha sido decidido en consejo privado».

Como bien afirma el compilador, «*La raison d'être* de este volumen ha sido la creencia de que el estudio de las élites sea en sistemas democráticos, sea en sistemas no democráticos, es no sólo un válido sino también uno de los caminos más productivos de comprensión de la realidad política». Los artículos van acompañados de tablas, cuadros y gráficos que reflejan el contenido y el libro como un todo de un prolijo índice general y otro de nombres.

T. M. V.

PHILLIP CONNELLY y ROBERT PERLMAN: *The Politics of Scarcity: Resource Conflicts in International Relations*, Oxford University Press, Londres, Nueva York, Toronto, 1975, xiv-162 pp.

El libro consta de dos partes: la anatomía de la escasez y la política de la escasez. Lo suscitaron las teorías sobre la deterioración de la relación real de intercambio entre países y la más reciente del próximo agotamiento o escasez de determinados productos no renovables. Y todo ello bajo el impacto de la elevación del precio del petróleo. Clarifica y desmitifica no pocos aspectos de esta debatida temática. Los tres capítulos de la primera parte tratan sobre los recursos como tales, la energía y la visión económica. No admiten el planteamiento genérico de una escasez absoluta de recursos, indicando que el punto básico reside no en este futuro problemático sobre agotamiento o no, sino en si la tecnología puede continuar adaptándose a los costos de tales recursos, y comenzando por la necesidad de los países consumidores en ajustarse a la nueva capacidad negociadora de los productores, sobre todo de los países petroleros.

La segunda parte consta de cinco capítulos: exportadores de recursos del Tercer Mundo, los consumidores, los independientes, los pobres y las implicaciones para la política. Las agrupaciones de países que hace de acuerdo con este esquema capitular es significativo, con sus distintas opciones y posibilidades de exigencias. Seis minerales (petróleo, gas natural, carbón, hierro y acero, aluminio y cobre) significan los dos tercios del consumo mundial de minerales. Del

tercio restante, la mitad la componen arena, grava y piedra (disponibles en cualquier país prácticamente y que no son apenas objeto de intercambio); de los demás ningún mineral presupone más del 1 por 100 del consumo mundial. El libro se centra así en la media docena de minerales claves.

Son muchos los recursos indetectados todavía. A veces los descubrimientos acarrearán replanteamientos totales. Cita el caso de Australia, que en 1938 impuso un embargo a la exportación de hierro, pues calculaba sus reservas en sólo 250 millones de toneladas y que hoy es uno de los grandes exportadores y reservistas de tal materia.

El optimismo del planteamiento no descarta un nuevo realismo. El problema tiene contornos políticos y no sólo económicos entre los productores de recursos y los propietarios de mercados y tecnología. Los productores deben ser estimulados para *sentirse* partes del sistema mundial y no meras comparsas. Pero en realidad este es el quid de todo el asunto.

Dos apéndices contienen un esbozo de los minerales más importantes y otro de las reservas y recursos de minerales selectos de Estados Unidos. Tablas, cuadros y gráficos, así como una breve bibliografía y un denso índice completan este libro original respecto a tantas publicaciones sobre este apartado tan solicitado.

T. M. V.

JOHN DORNBERG: *Breznev*, Editorial Euros, Barcelona, 1976 (Col. Personae),  
 - 296 pp.

Se parte de la base de que toda biografía de un personaje vivo no pasa de ser un tanteo; si encima es un personaje político soviético, con pocas o muchas campanillas, el material es inobtenible. Eso trasluce desde el primer momento. En cambio, lo que el autor ha sabido eludir a partir de que el biografiado llega a la cumbre ha sido proceder a una mera historia política de la URSS. El año clave del personaje presentado es 1964, cuando se echa a Kruschev y se le instala en la cabeza de la Secretaría del PCUS. Pero mientras que en una biografía de Kruschev el biógrafo contaba con el dicharachismo del exuberante personaje, en Breznev las cosas van de distinta manera, sin necesidad de llegar a los secretismos de Stalin. Por ejemplo, resulta difícil fijar con certeza cuándo contrajo matrimonio o cuándo nacieron los hijos de Breznev. En una biografía esto es importante. Si la biografía es política puede ser de significación menor, pero entonces lo que importará es que se pongan de acuerdo diversas obras de referencia soviéticas de si el personaje sirvió o no en el Ejército Rojo después de graduarse en el Instituto de Metalurgia de Kamenskoye, o bien pasó a trabajar directamente a una fundición. Puntos como este asaltan por doquier no sólo al autor, llevando a la sospecha de que algo trata de ocultarse o manipularse. «Los más serios observadores y estudiosos de los asuntos soviéticos saben que la "Colección Breznev" es cualquier cosa menos un fichero digno de confianza de sus discursos. Una comparación de los textos de los volúmenes con los discursos originales nos revela que aquéllos han sido deliberadamente modificados para adaptarlos, *a posteriori*, de

acuerdo con las normas de la política del partido. Párrafos enteros que aludían a promesas políticas que no han sido cumplidas o a jerarcas comunistas caídos en desgracia, como Dubcek o el polaco Wladyslaw Gomulka, han sido artísticamente eliminados» (página 30).

Breznev nació el 19 de diciembre de 1906. Tenía, pues, sólo once años al estallar la revolución bolchevique. Su base política la estableció con otros colegas y conocidos suyos de su propio medio geográfico. Se los conoce por la «Mafia de Dnieper». Cuando la guerra mundial ascendió como comisario político al grado de general. Políticamente se pegó a Kruschev, pero sus conexiones con el Ejército no hay que descartarlas. Es sabida la íntima relación que lo unió al desaparecido mariscal Grechko, a quien hizo ministro de Defensa. Es un hombre dado al compromiso, o al menos por tal pasa. Una y otra vez se ha dicho que el procedimiento de la troika no podía perdurar, pero bien que mal ha durado, incluso con el jefe de Gobierno, Kosiguin, y Breznev.

Puntos claves de la historia soviética, que presidió y configuró, siguen sin resolverse en la biografía; y era de suponer, desde luego, a no ser que el autor hubiera querido darnos gato por liebre a través de tantos recetarios de ciencia infusa. Así, por ejemplo, la invasión de Checoslovaquia. Pero fue bajo Breznev que la URSS ascendió indiscutiblemente al grado de superpotencia.

Con él no sólo se frenó la desestalinización, sino que en no pocos aspectos se volvió al pasado, comenzando por el simbólico. En 1970, casi a los nueve años de la exhumación del ca-

daver de Stalin del mausoleo de Lenin, un busto de tres metros de altura fue descubierto sobre su nueva tumba a los muros del Kremlin. Al año de la muerte de Kruschev, su cadáver era trasladado a un apartado rincón del cementerio de Novodevichy. Esta significativa política vino precedida por cuestiones que la historia científica de los camaradas no menos científicos tiene que llevarse su sofoco de púdico pequeño burgués. Fue con motivo de las magnas festividades del I Aniversario de la Revolución de Octubre. Entre ellas se visionó «un

serial de la Televisión que mencionaba y mostraba a Stalin con mucha frecuencia, pero que no dedicaba ni una sola palabra ni una sola imagen a Kruschev» (p. 205).

Con razón termina diciendo Dornberg que hubo quien lloró por la muerte de Kruschev: liberados o parientes de liberados de campos de concentración stalinistas. «Pero ¿quién llorará cuando Leónidas Ilych Breznev desaparezca de la escena política?».

T. M. V.

Stockholm International Peace Research Institute: *Chemical Disarmament: New Weapons for Old*, Humanities Press, Nueva York; Almqvist & Wiksell International, Estocolmo, 1975, viii-151 pp. (A. Sipri Monograph).

Stockholm International Peace Research Institute: *Safeguard Against Nuclear Proliferation*, The MIT Press, Cambridge (Mass.) y Londres; Almqvist & Wiksell International, Estocolmo, viii-114 pp. (A. Sipri Monograph).

Estas dos monografías del Instituto Internacional para la Búsqueda de la Paz, de Estocolmo, siguen la línea de tantas ya conocidas. El desarme químico ha sido uno de los grandes tópicos de discusión en la Conferencia del Comité de Desarme, de Ginebra, desde 1968, sin que se haya llegado a ningún acuerdo internacional. En los últimos años no ha habido progresos en la producción y acumulación de tales armas, a diferencia de las armas biológicas. Al propio tiempo, nuevos avances en tecnología química militar ha llevado a la inminente posibilidad de una nueva generación de armas químicas; las armas binarias de gas contra nervios. Las consecuencias de este peligro son graves. En 1973 se tuvo una conferencia en Finlandia, que se recomendó trabajar sobre estos problemas con objeto de ayudar al Comité de Ginebra. Este libro con-

tiene algunas de las ponencias presentadas a la reunión sobre armas binarias, aspectos técnicos y de verificación de la destrucción de «stocks» de armas químicas existentes, junto con algunos de los papeles de trabajo presentados al Comité de Ginebra en 1974, una revista de las negociaciones sobre desarme químico en el mismo año y un informe de la reunión de Helsinki. Una serie de apéndices dan constancia de la complejidad de tales armas y los problemas diplomáticos que encierran.

La segunda monografía es a propósito del artículo VIII, 3, del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares, que indica que «cinco años después de la entrada en vigor de este Tratado tendrá lugar en Ginebra una conferencia de las Partes del Tratado, con objeto de pasar revista a la ope-

ratividad de este Tratado con vistas a asegurar que el propósito del preámbulo y las provisiones del Tratado están siendo cumplidos». Tal Conferencia estaba prevista para mayo de 1975. Es de primordial importancia en dicho Tratado el artículo III, que establece el marco dentro del cual las salvaguardias internacionales tienen que funcionar. A tal efecto la Agencia Internacional de la Energía Atómica tiene especial responsabilidad para ello, es decir, para que los países sin armas nucleares no

las fabriquen o para todos los materiales nucleares usados en sus actividades nucleares pacíficas. Todo esto es la perspectiva del libro. Sin embargo, no sólo la amenaza, sino la misma proliferación no cesa. India hizo estallar su artefacto y crisis crecientes enfrentan aliados militares y competidores comerciales a la vez a propósito de la venta de reactores nucleares. El tiempo va contra los buenos propósitos.

T. M. V.

MEINHARD HILF: *Die Auslegung mehrsprachiger Verträge*. Berlín-Heidelberg-New York, 1973. Springer-Verlag, XI-249 pp.

La interpretación de los tratados multilingües responde al método usual: interpretación literal y según el contenido. Sin embargo, desde la Primera Guerra Mundial, aparte del inglés y francés se fue extendiendo la inclusión de otros idiomas como, por ejemplo, el español y el ruso, hasta idiomas nacionales en los tratados bilaterales, sobre todo; así que hoy día existen tratados con textos prácticamente en todos los idiomas.

El alemán no figura como idioma mundial, pero los tratados de la RFA cuentan automáticamente con este idioma. Los tratados con la URSS están concertados en alemán y en ruso; con Polonia, en alemán y en polaco, etcétera. Es decir, cada país intenta «internacionalizar» su idioma oficial, y en todos los casos se insiste en la igualdad de todos ellos en cuanto a la validez de interpretación.

Una vez prevalece el inglés, otra vez el francés como instrumento internacional de comunicación e interpretación. China y el Japón prefieren el inglés; Polonia, Hungría o Italia, el

francés. La ONU emplea el inglés, el francés, el español, el ruso y el chino, sobre todo en relación con la Carta.

La interpretación, de parte de los Tribunales alemanes, de tratados que constan de textos en varios idiomas, queda supeditada a las circunstancias internas y, por tanto, ha de ajustarse a las normas dadas por el legislador, cuando el texto alemán no está equiparado al internacionalmente reconocido redactado, por ejemplo, en inglés o francés. Por supuesto que, en primer lugar, es el idioma nacional el más auténtico, pero en la práctica cada país suele recurrir a la interpretación del contenido de un tratado en otro idioma.

La redacción suele hacerse según el acuerdo o deseo de las partes contratantes, con lo cual se facilita una interpretación más exacta en caso de conflictos. En resumen, el Derecho internacional acepta tratados multilingües, bilingües y hasta unilingües.

S. G.